

© *Querida Amalia*, Carmen Amil, 2022.

© de la portada, Libertad Delgado, 2022.

© de la corrección, Meritxell Terrón, 2022

© de la maquetación, Scarlett de Pablo, 2022.

Lectores beta: Rep A. L., Celia Añó, Alba M. Vila,
Cristina Ogando y Carla Plumed.

Primera edición: mayo de 2022

© Literup Ediciones
www.literup.com

Depósito legal: V-1836-2022

ISBN: 978-84-122544-9-5

Printed in Spain. Impreso en España.

Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal.)

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)

LGTBfobia; pérdida de un ser querido; sexo.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita
<https://www.literup.com/contenido-sensible> o escribe a
contacto@literup.com

Para quienes buscan
amar en libertad.



CUANDO ENTRÉ POR PRIMERA VEZ EN LA CASA DE mi abuela después de que nos dejara, me costó mucho trabajo contener las lágrimas. Lo conseguí única y exclusivamente porque mi madre estaba allí y ella, que había consagrado los últimos cinco años de su vida a cuidarla, se sentía tan perdida y triste que necesitaba a alguien fuerte a su lado. Yo, a mis veintitrés, me autoimpuse ese rol y entré en el recibidor oscuro con paso firme. Me tragué el nudo de la garganta junto con un estornudo provocado por la alergia que me daba el polvo. Cinco años de puertas cerradas dieron para mucho. Aquella casa se había convertido en un trastero, el lugar en el que toda la familia enterraba sus cosas. Y, en ese momento, tocaba la parte difícil tras la pérdida: dilucidar de quién era cada

trasto y rebuscar entre los muebles, cajas y estanterías algún recuerdo que pudiéramos llevarnos. Algo tangible para sentirla cerca.

Mi tío, recién llegado de Jerez, vino a echarnos una mano en cuanto aparcó el coche. Fue una mañana terrible, de lágrimas, de dolor, de pérdida y ausencia. De fotos amarillentas y colgantes de bisutería barata que, de pronto, eran un tesoro para nosotros. Mi tío y mi madre se acercaron más conforme pasaba el tiempo, unidos por el duelo de unos hijos huérfanos. Al final, sentí que sobraba, pero no me fui por dos razones: quería echarles una mano y, desde que había vuelto de Madrid, ya no estaba a gusto en la casa de mis padres. Por eso, hui escaleras arriba, hacia el desván que conocía tan bien. Aquel rincón estaba iluminado solo por una bombilla amarilla, que dejaba a oscuras las esquinas y lo teñía todo de un color triste. Bajo esa misma luz, cuando tenía siete u ocho años, me refugia-

ba para leer novelas de *Los cinco* después de merendar.

Me tragué de nuevo el nudo de la garganta y analicé el desastre a mi alrededor de la forma más objetiva posible. El cuarto estaba lleno de libros de contabilidad de mi tío, cuentos infantiles de cuando mis primos y yo éramos pequeños y apuntes de la carrera que había estudiado mi madre. Era un cajón de sastre de los papeles que definían una familia entera. Me pareció curioso que todas las vidas a mi alrededor se reflejaran así, en unos cuantos folios escritos.

Dos horas después, congestionada por la alergia, las lágrimas y los recuerdos, había organizado tres cajas. En la primera metí novelas y cuentos. En la segunda, apuntes y los libros de contabilidad y, en la tercera, las pertenencias que mi abuela tenía allí arriba. Eran muy pocas: algunas recetas que pensaba guardar como oro en paño, números de teléfono de cuando aún vivía

en el pueblo, y poco más. Sin embargo, a esas alturas ya estaba cansada y demasiado triste para seguir con aquella tarea. Me sentía agobiada y el cuerpo me pedía parar, así que, pese a que no había ordenado ni un tercio de aquella habitación, decidí enfrentarme a una última caja y continuar por la tarde, tras el descanso. Saturada de novelas del oeste y páginas sobre los cuidados en la enfermería, busqué a mi alrededor algún recuerdo distinto. Por ejemplo, fotos o partituras de cuando mi tío todavía tocaba. Fue más por curiosidad que por hacer algo útil. Al fondo de un cajón, tras unos recortes de periódico gastados con noticias del pueblo y un álbum de fotos antiguo, encontré una caja, pequeña y marrón. Estaba cerrada con una cuerda, de tal forma que me costó bastante esfuerzo abrirla. Cuando lo conseguí, descubrí que allí dentro había varias cuartillas, garabateadas a mano por una letra que no reconocí.

Cogí la primera. Estaba dirigida a Amalia. Mi abuela. Me senté en el suelo y empecé a leer.

Villanueva de Santianes, septiembre de 1961

Querida Amalia:

Espero que disculpes mi atrevimiento al escribirte, pero es que no es fácil ser la chica nueva en un pueblo tan pequeño como este. ¡Y menos si vienes de Madrid! En cuanto salgo a la calle, siento varios pares de ojos que me persiguen, como si fuera un marciano que acaba de aterrizar aquí. Y este es el motivo por el que te escribo.

Te agradezco tu descaro de hoy. Cuando pasé por el parque al volver de la compra, ya intuía que tendría problemas. Sabía que era la hora en la que todas las personas del pueblo estarían allí, en la plaza. Tomaban un vino o vigilaban a los chiquillos. ¡Pero me apetecía tanto dar un paseo, Amalia! Quería estirar las piernas y por eso elegí aquella ruta. Ignoré los primeros comentarios, los «y esta de quién es». Soy una persona discreta. Odio tener

la atención sobre mí. Por eso me puse roja hasta la raíz del pelo y apreté el paso para refugiarme en casa. Hasta que te oí.

-¡Menuda panda de cotorras estáis hechas!
-protestaste, y te acercaste a mí-. Anda, ven.

Tras las presentaciones oficiales, todo fue mucho más sencillo. Y, unos días después, todavía lo es. A la gente del pueblo no le gustan las novedades y seguro que aún tardaré un tiempo en adaptarme, pero, gracias a ti, me siento un poco más parte de todo esto.

Muchas gracias. Con cariño,
Teresa.